

ÁNJEL MARÍA FERNÁNDEZ

Rey Elnó

A Azahara y Norka, familia.

A Poty, Pablo y Julián, compinches.

A Diego Urdiales y Albert Hofmann, maestros.

Shezidao pertenece a una banda de perros. Anoche conté veintitrés, muy fornidos, hocicudos, sonrientes, buenos nadadores, todos prietos menos el jefe, de pelaje castaño. Se dedican a patrullar la zona, proteger su territorio, intimidar a otros perros salvajes y burlarse de los perros domésticos que salen a pasear con sus amos. [...] Una tormenta eléctrica se cierne sobre el mar, a pocos kilómetros de la costa. En alguna parte un gato maúlla en perfecta sincronía con los relámpagos. Me noto la punta de la lengua ligeramente acibarada. [...] Cuando cesa el griterío de las cigarras comienza el griterío de los sapos.

RACHID LAMARTI,
«Assaut»

Como fuerza de monte
en un rincón oscuro
la infancia nos acecha
Así el leopardo —Martha Cristina Isabel—
El leopardo se asoma por tus ojos
ha saltado derrumbando años
y sobre mi niñez —de bruces— me he derribado
Sueños de un día trepando los peldaños de la eternidad:
Tú venías por el sol y yo era de barro triste
Tú tenías noticias del universo y yo era ignaro
Los años —Martha— con su carga de piedras afiladas
nos han separado
Hoy te digo que creo en el pasado
como punto de llegada

RAÚL GÓMEZ JATTIN

CUANDO ABRIERON LAS PUERTAS del zoológico, nadie quiso marcharse. ¿A dónde? ¿A qué? Ni siquiera habían desayunado. Cuando Elnó reparó en el aire de libertad que recorría el recinto, fue al encuentro de Uno, de los vigilantes:

—¿Qué pasa hoy? ¿No se come?

—Sois libres. Os podéis marchar.

—¿Sin comer? ¿No lo dirás en serio? ¿A dónde?

Sin mediar palabra, Uno sacó del bolsillo el teléfono móvil, tecleó el emoticono del monigote que pone los brazos en jarra pero al revés, hacia arriba, como diciendo a mí qué me cuentas, como diciendo qué le vamos a hacer, con las manos abiertas igual que un capullo en flor; rápidamente, se decidió de entre todos los monigotes por el del pelo rubio, pues le recordaba un poco a Elnó, y se lo mostró en la pantalla para empatizar con él.

Con el típico mohín de disgusto que a los leones les sale de carrerilla cuando las cosas no van como ellos desean, Elnó dejó a Uno con el emoticono en la mano y se fue a paso ligero a buscar a Dos, de los vigilantes. Consideró que su mohín era respuesta suficiente, ya que a él muchas veces le sobran las palabras, un clásico de Elnó.

—¿Qué pasa hoy? ¿No se come? —le dijo a Dos.

—Sois libres. Os podéis marchar. ¿No lo sabías?

—¿Sin comer? ¿No lo dirás en serio? ¿A dónde vamos a ir?

Cuando Dos sacó el móvil del bolsillo, Elnó le hizo un gesto levantando la zarpa derecha delantera y desde esa altura trazó una curva de uñas algo romas que significaba sin duda (la curva) que no quería ni ver el emoticono con el que Dos iba a responderle. De muy mala leche, se alejó mientras mascullaba la idea de ir a buscar a Tres, de los vigilantes, pero interpretó sobre la marcha que no ganaría para sí más que un grado o dos de cabreo en su escalera hacia la efervescencia. Hambriento pero libre (todo hay que decirlo), pues las puertas del zoológico estaban abiertas, buscó su habitual zona de confort soleada en el cemento para dormir de matiné. Como dijo el filósofo: «Si se pierden las buenas costumbres, nunca sabe uno lo que encuentra».

Apenas diez minutos más tarde, media docena de moscas se tumbaron sobre Elnó a pelar un poco la pava, a descansar un rato y a pensar en el número musical y en la canción con la que despertarían a quien ejercía para ellas de cálido y mullido camastro inmenso, en el que se sentían como un Machado con alas echado a la siesta en un campo de Castilla. Mosca 1, bastante lideresa, sugirió «Libertad sin ira». Cuando Mosca 2, que era un pelín vicepresidenta, comenzó a entonar el son, las otras cuatro compañeras la siguieron con gran destreza. Eran unas moscas muy profesionales, eficaces todas ellas en su vuelo, con valor y cuajo suficiente para mandarlas a la mierda (que Dios me perdone) sin que se molestaran.

—... gente que solo desea su pan, su hembra y... ¿Su hembra?

—Mosca 2 se interrumpió a sí misma en la tercera estrofa de la canción.

—¿Dice hembra? ¿Gente que solo desea su pan y su hembra?

—preguntó Mosca 1.

—Yo diría que sí, Mosca 1. La hemos cantado decenas de veces —respondió Mosca 3 como quien no quiere la cosa.

—¿Cómo hemos podido? —insistía Mosca 2—. ¿En qué carajo estábamos pensando?

—Nosotras somos en realidad mucho más de bailá que de cantá —dijo Mosca 6—. Si te digo la verdad, yo ni me había enterado.

—Yo tampoco —dijo Mosca 3.

Mosca 4 y Mosca 5 no terminaban de comprender con exactitud qué diantres ocurría. Las dos hablaban en italiano desde la cuna, o sea, que normalmente no tenían problema alguno para entenderse con sus colegas, dada la hermandad del español y el italiano, pero, a veces, sobre todo en situaciones conflictivas, les costaba un poco captar los mensajes, quizá por los nervios que el revoloteo de unas y otras provocaba en las discusiones. La lengua italiana puede estar a veces cerca del zumbido:

—*Che cazzo hanno detto?* —preguntó la 4 a la 5.

Antes de que una le respondiera a la otra, Elnó se despertó y habló con un ronquido:

—¿No podéis discutir en otro lugar?

—*Cosa?* —dijo Mosca 5.

—Quiere que nos callemos —intervino la mosca lideresa.

—No quiero que os calléis —dijo Elnó.

—Quiere que nos vayamos —dijo la vicepresidenta.

—Eso no lo niego —continuó Elnó muy educado, y añadió—: ¿Sabéis que han abierto las puertas del zoo?

II

CEBRA ESTABA MUY DELGADA, estaba ya en las últimas; tan delgada estaba que se le unían las rayas de la panza (las negras ocultaban las blancas), y a veces parecía el hijo avejentado por yonqui de Burro. El hijo avejentado por yonqui de Burro solía pasar muchos ratos con Cebra, pues a las junturas de las rayas negras del cuerpo de esta la extrema delgadez les proporcionaba la ilusión al fundirlas, sobre todo tumbada, de finas rayas blancas y, como bien saben los ciegos, lo que cuenta en la vida es la ilusión. A la compañía de ella se acogía muchos ratos el hijo único y avejentado por yonqui de Burro, que correspondía a Cebra (muy pero que muy de tarde en tarde, eso sí) tocando la flauta.

Para tocar la flauta se necesita un poquito de gracia que al hijo único de Burro le sobraba, pero sus adicciones le impedían incentivarla con regularidad, como si no la mereciera. Eso lo atormentaba: el puedo y no quiero. Era como si el desprecio de sí mismo no lo dejara actuar y la única regularidad a la que se mantuviera leal fuera verter un gramo que dibujara sobre la repisa un signo de interrogación:

?

Consumía largas horas pensando cómo encontrar su dosis, y las pocas veces en que se movía iba no más que a conseguirla; el resto del tiempo se tumbaba junto a Cebra, de modo que casi nunca

encontraba un buen momento para ensayar. Tenía muy abandonada la flauta. Así las cosas, formaban Cebra y Burro junior un dúo enternecedor, casi gemelo, al que le apasionaba cantar a capela.

El tema que más interpretaban juntos nuestros dos equinos era el clásico de Antonio Vega «Se dejaba llevar por ti». También les gustaba mucho «Lucha de gigantes», pero Cebra se desesperaba cada vez que Burro junior la cantaba colocado, pues se equivocaba siempre y decía lucha de guisantes. Visto desde fuera tenía mucha gracia, claro, pero las cosas hay que vivirlas desde dentro: la vida no es un cine.

Burro junior no quería decir lucha de guisantes, sino de gigantes, y, en realidad, ni siquiera se daba cuenta de la confusión, lo que aún desesperaba más a Cebra, a quien la desesperación solía quitarle el apetito y así tenía otra excusa más para no comer. En vez de a alimentarse y ensayar la flauta, se dedicaban a inventar coreografías para «Se dejaba llevar por ti» o para «Lucha de gigantes», coreografías que nuestro dúo equino interpretaba con el rabo: la parte del cuerpo con la que el Diablo aplasta en los ratos tontos a algunas criaturas del mundo.

Los Tumbados era el nombre artístico que se habían buscado entre risas y sin connotaciones; el sentido literal del término los colmaba. En boba consonancia, los pasos que inventaron y con los que tanto les divertía jugar apenas se diferenciaban entre sí, y podría apostarse a que se parecerían tanto el uno al otro como si contaran con una tercera coreografía para, por ejemplo, «Anatomía de una ola», la canción que un profano en bailes equinos diría que este dúo en verdad interpretaba. Eso, al menos, le decía Dos, de los vigilantes, a Uno cuando miraban desde su caseta a Cebra y Burro junior trazar eses con los movimientos de sus rabos peludos contra el suelo.

—Para mí que es «Anatomía de una ola».

III

A DOS LE PUSIERON sus padres el nombre por las gafas. No es que naciera con gafas, lo que ocurría es que los progenitores de Dos llevaban gafas desde muy niños y también los abuelos, así como los padres y los abuelos de estos, en fin, eran una saga de cegatos de tomo y lomo, y los padres de Dos no tuvieron que hacer muchos cálculos (tampoco se hicieron ilusiones), ni siquiera esperaron a que el bebé viera la luz. Varón o mujer le iban a poner Dos, un nombre unisex muy habitual en algunas latitudes en aquellas fechas.

Dos y Uno se demoraban en largas charlas desde su caseta a propósito de casi todo lo animal. Les encantaba observar a los camaradas del zoo, a los que, a su vez, les divertía sentirse observados por estos dos ejemplares. Desde su caseta disfrutaban con los ensayos coreográficos de las Moscas, de Cebra y Burro junior, y del resto de los animales. Con todo, los números favoritos de Uno eran los de Ballena, por la que profesaba simpatía, admiración y compasión a partes iguales, aunque sea difícil dividir las cosas en tres partes idénticas.

Cuando la cetácea le provocaba, además, un deseo ferviente, un amor soterrado, él siempre lo apocaba con el complejo de inferioridad que la vieja dama despertaba entre los ejemplares de vigilante: ninguno se sentía a su altura, nadie creía poder dar la talla en la humilde bañera en la que ella moraba. Tampoco sospechaban siquiera que estaba prácticamente incapacitada para el amor humano, y aún menos conocían el porqué de su incapaci-